

La Atenas michoacana de Alberto Barragán

EDWIN LUGO

La provincia es la savia de la patria. Sin provincia no hay mexicanidad, ni tradición, ni valores cívicos, morales o religiosos, ni pensamiento fecundo y creativo, tampoco hay bosque, ni llano, ni sementera, ni montaña, ni flor.

Decir provincia es decir historia, es acudir para encontrarnos con la cantera entibiecida, la teja musgosa, el río manso bordeado de sauces, el lomerío como mosaico esmeraldino, o el ensoñador lago en el que suelen reflejarse los atardeceres apacibles. Es evocar noches transparentes, azuladas, en cuyas combas de lapislázuli todavía hoy es posible contar estrellas y pasear a la luz de la luna de octubre, es llenarse los ojos de kioscos y de plazuelas, de parques discretos casi escondidos, cómplices propicios para el susurro y para el beso, es transitar bajo los corredores envigados donde dormitan macetones de malvas y que van a desembocar en jardines olorosos a huele-de-noche, circundados de muros de adobe o tepetate, que guardan entre naranjos la reliquia de una antigua fuente de cantera donde todavía cantan las aguas y en cuyos bordes vienen a refrescarse los pajarillos variopintos y cantadores, es recrearse en el artístico enrejado de los balcones, en la suntuosidad de las puertas centenarias o en la añoranza de un pozo, que hoy fuera de uso, sigue convocando las citas de inofensivos fantasmas. Decir provincia es traer a la imaginación las torres puntiagudas de nuestros templos, guardianas de sonoros campanarios que cual relicarios de sinfonías con-

vocan a la esperanza, y de cuyas alturas brotan entre un estrepitoso batir de alas parvadas de palomas, es evocar cúpulas de azulejos relucientes como recién lavados, que aún proclaman la antorcha de la inextinguible fe católica en alas del milagro y de la paz, es deambular por los callejones empedrados, por patios enlozados, mientras se escuchan las lentas campanadas anunciando las horas, es asistir al cueterío escandaloso de las fiestas campiranas en honor del santo tutelar o de la dulce Virgen del manto azul, es perderse en el lomerío que como un tapiz de verdura circunda los poblados, anunciando de oro los amaneceres y tiñendo de rosa los ocasos, es acudir a la misa mañanera en una ermita friolenta y semi oscura, es quedarse sentado bajo un árbol copudo acariciando sueños o recuerdos, o leyendo algún libro en la rústica comodidad de un equipal, o mejor aún dormitando con los ojos entreabiertos perdido en la remembranza, o mecerse voluptuosamente en la hamaca y luego levantarse tentado por el olor de la fritanga callejera, por el trago de licor casero o por la miel que se desprende del buñuelo pueblerino. Decir provincia es decir México. Ella es la legítima depositaria de cuanto somos y la suma de lo que fuimos, allá está también nuestra historia como nación y como raza. Es la cuna del pensamiento y de los pensadores que encuentran en su placidez las posibilidades de la meditación, la soledad y el silencio. No resulta extraño entonces que de la provincia han llegado a la metrópoli los grandes líderes, los profesionistas ansiosos del progreso y la realización, los músicos y sobre todo los poetas, díganlo sino: Gilberto Owen en Sinaloa, Amado Nervo en Nayarit, Enrique González Martínez en Jalisco, Manuel José

Othón en San Luis Potosí, Salvador Díaz Mirón y Pacona en Veracruz, Ramón López Velarde en Zacatecas, Carlos Pellicer en Tabasco, Luis Rosado Vega en Yucatán, Manuel Acuña en Saltillo, Manuel M. Flores en Puebla, Rafael López en Guanajuato y yo me atrevo a inscribir en tan ilustre jerarquía a Alberto Barragán en Michoacán.

Nació el rapsoda en la ciudad de Sahuayo, cabeza de un municipio que comprende 31 entidades y que significa vasija en forma de tortuga. Fue conquistado por Nuño de Guzmán quedando bajo el dominio de Juan de Borda. Está clavado en el borde de la Ciénega de Chapala en las faldas del cerro de Santiaguillo y es atravesado por un río del mismo nombre y que es drenaje natural de la bolsa de Guaracha.

Barragán significa fuerte y valiente; y el futuro vate fue hijo de José María Barragán y María de los Ángeles Degollado. Su niñez transcurrió en lo que fue un pueblo encantado y que hoy se ha convertido en una floreciente ciudad. Del terruño que fue el marco de su niñez y juventud, más tarde escribiría:

De cuantas, cuantas cosas que se ha llevado el tiempo
saben esas canteras de legendario aspecto.

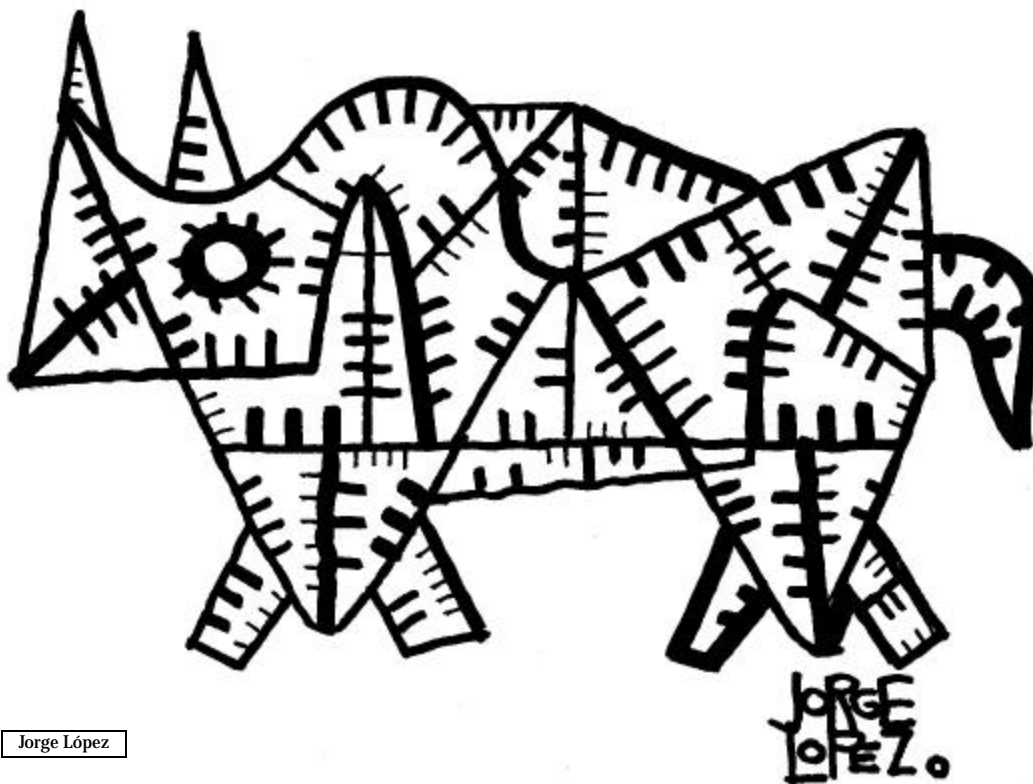
Hoy su añejo silencio, su borde desgastado
las huellas que dejaron los cántaros aquellos,
reviven en mi mente los años que se fueron.

Aunque siendo muy niño presencié los violentos sucesos de la guerra cristera cuyo escenario principal comprendió precisamente los estados de Jalisco y Michoacán, conflagración que alteró la campirana paz de la comarca, el poeta reitera en su obra gratos recuerdos:

Vives en mis plegarias, porque una provinciana
con maternal empeño me enseñó a amar a Cristo
y a balbucir sus rezos.

Y jugaste conmigo a las canicas
y quebraste tus trompos en mi cepo
y conmigo cazaste pajarillos
y en las noches cuajadas de paz y de luceros
te sentaste conmigo en las banquetas
a escuchar las consejas y los cuentos.

Lloras en mi nostalgia porque cuando era niño
tus calles empedradas emprendieron mis juegos.



Jorge López

Huérfano de papá a los cinco años, recibió de su tío Alberto Barragán Castellanos el amor del padre ausente.

Dotado de una extraordinaria sensibilidad, y una imaginación desbordante, cursó la enseñanza elemental, interrumpida en ocasiones por la guerra, en aquellos días, el inquieto muchacho miembro de una traviesa cofradía estudiantil se deleitaba haciendo mecer en el columpio casero a una parvada de primitas reidoras, esta aproximación con el bello sexo, le despertó más tarde cuando ya era un adolescente que cursaba la enseñanza media, esa vocación de poeta, que buscaba expresar en los versos sus incipientes emociones sentimentales.

Yo te amaba mujer y tú me amabas,
 yo ansié besar tu boca y tú la mía,
 cuando yo te miraba me mirabas
 y luego sonreías...

Pero nosotros no vencemos al destino, más bien es el quién nos vence. Los primeros amores trajeron también, como suele suceder siempre, su respectiva ración de desalientos, desengaños, ausencias y renunciadas:

Era mi vida un páramo desierto, la fuente en el jardín no murmuraba y límpida al azul de un cielo abierto, ni una onda de inquietud la perturbaba. mas aquel corazón llegó a saciarse y a sentir la nostalgia del camino, y con la alforja al hombro, indiferente, se fue por donde vino.

Su filiación de buen católico a la ACJM le trajo un breve respiro a sus aficiones románticas.

Y para el espejismo es el nuevo camino,
 cada sombra caricias, cada pájaro un trino,
 una nueva promesa cada nueva alborada,
 cada tarde un enigma de sublime belleza
 y un poema de luces cada noche estrellada.

En 1941 se formó el Círculo Literario Fray Alonso de la Veracruz, despegue de lo que más tarde desembocaría en la Asociación Propulsora de Arte, de la que fue Barragán su más entusiasta fundador, promotor, organizador y mecenas por más de cincuenta años consecutivos; y que hoy continúa

en pie orgullosamente celebrando en cada mes de diciembre los Juegos Florales Sahuayenses, que convocan a poetas de toda la República y actualmente insisten en extender dicho concurso a toda Latinoamérica.

Convertido en un joven animoso, entusiasta, deseoso de aprender y superarse, lo que le permitiría además luchar por sus ideales de justicia social, procurando también la eliminación del autoritarismo gubernamental, la arbitrariedad y la barbarie policiaca, el impetuoso muchacho, decidido, valiente, buen jinete, mejor camarada y lector fanático, sucumbió muy pronto a los frescos encantos de una Luisa a la que escribió el acróstico de rigor, muy en boga en aquellos tiempos.

Luz en tus ojos, sueños en mi anhelo,
 Una ilusión que se volvió ceniza,
 Íntima floración que se eterniza
 Sabiendo que la gloria de mi cielo
 Aflorará por siempre tu sonrisa.

En los días de ese Sahuayo de cuento de hadas, los encuentros entre la muchachería se solían producir en la serena ta dominguera, a la que se debía acudir bien pertrechado de confeti y serpentinas. Allí conoció a Azela:

Quisiera estar muy solo en delectancia quieta,
 con el silencio rítmico de una lejana estrella
 quiero quedarme solo, en soledad secreta
 porque en mis soledades estoy siempre con ella.

Así vistió aquel inmaduro joven, con las doradas galas de un poema, un fracaso sentimental que convirtió en recuerdo.

En 1937 conoció a la jalisciense Cecilia, quien fue la que realmente podría considerarse su primer amor. He aquí el testimonio:

Llevo dentro del alma dos versos escondidos,
 el primero que tiene un murmurar de frondas,
 y que el alma ha tejido de dulzuras muy hondas.
 El otro se ha formado de una tristeza envuelta
 en un dolor callado y no tiene cadencias,
 ni ritmos, ni sonidos; llevo dentro del alma
 dos versos escondidos.

Cecilia no volvió nunca a Sahuayo, retenida en su natal Guadalajara por su ambicioso padre que anhelaba para su hija un hombre de excelente posición. Ya hombre, muchos años después, el amor inconsumado transformado en un recuerdo imperecedero le dictó esta sentida estrofa:

Mas murió la ilusión de dicha plena, ante la realidad huyó el encanto, y todo mi dolor lloró su pena, y no viniste a recoger mi llanto, aún en el presente, cuántas veces, el corazón en loco desvarío con la yana ilusión de que regreses ¡Aún se asoma a mirar por el camino!

¿Qué habrá sido de la huidiza musa? Acaso es la madre encanecida cuya vida dedicada al aburrido esposo o a los hijos prendidos a sus intereses, la hicieron olvidar al sencillo muchacho pueblerino que conoció en algunas vacaciones.

Fuiste el sueño más dulce de todos mis amores,
la fuente más fecunda que engendrara ternezas,
la más grande de todas, de todas mis tristezas
y el dolor más profundo de todos mis dolores

Dolido por aquel amor sin esperanza, el poeta guardó otra vez su lira y su amor, entonces apareció Teresa, una joven ambivalente con aspiraciones de actriz y de monja, a ella escribiría mucho más tarde:

Aunque sigo a ti prendido no quiero verte de nuevo,
Como eras ayer te llevo inalcanzable al olvido,
Y aunque el tiempo no ha podido, tocar tu imagen siquiera
Si hoy a mirarte volviera distinta a cuanto fue mío
Se me moriría de frío el sol de tu primavera.

En otro poema el bardo rinde reiterada pleitesía al eterno femenino:

Yo siempre soñé besarte y a despecho de tu olvido,
el sueño nunca cumplido no ha dejado de soñarte,
hoy tu beso forma parte de un pasado que te invoca
y mi nostalgia te evoca con tan íntimo embeleso
que soy feliz por el beso que nunca me dio tu boca.

Finalmente Alberto casó con Alicia a quién conoció en un diciembre fiestero. La felicidad de su hogar donde jamás se extinguió la llama del amor, le dio tranquilidad para continuar cultivándose, cursando entre otras carreras la de Ingeniero y más tarde obtuvo también el doctorado en Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara. Su poesía dejó de ser el plañidero desahogo romántico para incurrir en temas existenciales y filosóficos mucho más profundos. Su esposa a la que él llamaba cariñosamente “la provinciana soñadora” le dio quince hijos, los que se han realizado en diferentes profesiones y que se desempeñan como dinámicos empresarios. El poeta no sólo creó versos sino hombres de bien. Al lado de su trabajo literario fue concesionario de la radiodifusora local, así como activo industrial organizando fábricas de casetes en sociedad con el Grupo Azcárraga de Televisa, muebles, zapatos tenis, y refrescos, proporcionando trabajo estable y bien remunerado a decenas de sahuayenses y llevando a su patria chica el auge comercial, el progreso y la riqueza. El concurso organizado de sus hijos permitió a la familia un auge económico, que a su vez propició que patrocinara no sólo Los Juegos Florales, sino ediciones de libros, y revistas literarias, convirtiendo a Sahuayo en un emporio de la cultura, que le ha valido ser reconocido como la Atenas Michoacana.

Barragán cosechó premios en Argentina y España y por supuesto en México donde fue galardonado repetidas ocasiones en diferentes estados del país, los periódicos regionales publicaron repetidamente sus poemas así como su bien pulimentada prosa, y su obra poética ha sido incluida en numerosas antologías.

El 4 de enero de 1991 se celebraron los 50 años del matrimonio Alberto y Alicia, unos años más tarde los cónyuges dejaron de existir físicamente, pero el vate, cuyos versos eran el lucimiento de Manuel Bernal, continúa presente a través de su obra literaria y de su filantropía y generosidad, que hoy gracias al entusiasmo de su hijo Juan José Barragán, legitiman el prestigio, que convirtió a un pueblecito donde se fabricaban huaraches y sombreros de palma, en un floreciente centro cultural que enaltece a todos los michoacanos. 🇲🇽